



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PASCUAL MILLÁN



Es Millán un notable periodista que describe una fiesta de un plumazo, y demostró sus dotes de estilista en la novela *Covazón y brazo*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El fakir, por José Estremera.—El rigor de las desdichas, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Gloria.—Fantasía selenitaria, por Sinesio Delgado.—Novedades, por Manuel Matosca.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Abencioés.

GRABADOS: Pascual Millán.—El conflicto actual.—Anuncios, por Cilla.



Mi querido Director: Cuando me disponía á escribir mi crónica de la semana última, comencé á sentir cierta incomodidad en la cabeza y mucha desazón en la sangre; pero como á mí casi todos los días me duele algo nuevo, hubé de hacerme el desentendido, y cogí la pluma dispuesto á cumplir con mis deberes profesionales. No había hecho más que escribir media docena de líneas, cuando se me fijó un punto en el costado derecho y el frío invadió todo mi ser.

—Vaya—me dije con la mayor resignación,—ya he cogido la tercera pulmonía de la temporada. ¡Á la cama!

Y comencé á desnudarme en paz y en gracia de Dios; creyendo formalmente que se había apoderado de mí el demonio de la congestión pulmonar con todas sus consecuencias. Después me arrojé cuanto pude y comencé á pensar en la serie de dolores, cocimientos, vejigatorios, punzadas y demás factores indispensables en toda pulmonía.

El médico no acababa de llegar, porque estaba ocupado extrayéndole el hígado á un caballero que había venido de Filipinas, y yo, en mi deseo de saber si todo aquello que sentía era cosa del pulmón, llamé en consulta á mi familia, que estaba haciendo comentarios arrimada á una puerta.

—Á ver—le dije á un primo segundo,—súbete encima de la cama y ponte á escuchar.

—¿Dónde?

—En el costado derecho. ¿Qué oyes?

—Oigo un ruido muy raro: así como si estuvieran barriendolo dentro.

—¿Lo ves? Ya tengo inflamado el pulmón. Vaya, abur.

—¿Te vas?

—No; me despido de vosotros por unos días, porque mientras me dure la enfermedad, no podréis contar conmigo para nada.

En esto entró en mi alcoba un chico tenor que estudiaba para pedicuro y anda persiguiéndome hace dos meses para que lo recomiende á Berges, y en cuanto me vió se puso á declamar en tono trágico.

—¿Entiende usted de pulmonías?—le pregunté.

—Un poco; pero de lo que más entiendo es de callos, ojos de gallo y uñas gordas. Sin embargo...

Y me destapó toda la espalda, y se arrojó sobre mí como si fuera á estrangularme; después, aplicando el oído á la parte dolorida, dijo:

—Respire usted fuerte.

—¡Aaaah!—hice yo.

—Más fuerte.

—¡Aaaaah!

—Bien; por ahora no noto más que el ruido natural de los pequeños vasos.

—¿Los vasos?—preguntó una tía mía, bastante bruta.—¿Se ha tragado algún vaso?

El joven tenor no contestó.

—Tosa usted—siguió diciéndome.

Yo obedecía sin chistar.

—Haga usted una aspiración fuerte, como si se sorprendiera usted mucho.

Yo (con extrañeza).—¡Ah! ¿Qué veo?

—Perfectamente. Ahora, hable usted algo.

—¿Qué quiere usted que hable?

—Cualquier cosa.

—Pues ha de saber usted que Isasa está escribiendo una zarzuela.

—Así, así; continúe usted hablando.

—Y que á Fabiá le han hecho proposiciones para que abra una botica en Navalcarnero.

—Ahora, cante usted cualquier cosilla.

—¿Quiere usted ópera ó zarzuela?

—Lo mismo me da.

—Entonces cantaré algo de la *Casa del oso*, que es lo que mejor me sale.

—Venga de ahí.

*Al salir el sol
canta la perdiz.*

—Muy bien.

—Quisiera cantar algo del maestro San José, pero por ahora no le he cogido la melodía.

—¡No, por la Virgen del Carmen!

Después de un minucioso reconocimiento, el tenor me dijo que no tenía nada en el pulmón, ni tampoco en el bazo, pero que podría tenerlo cuando menos lo pensara, y en éstas y las otras llegó mi médico, y la familia se tranquilizó al oírle decir que lo que yo tenía era erisipela vulgar. Efectivamente, preocupados con el pulmón, no habíamos echado de ver que se me había hinchado el rostro y que tenía la nariz lo mismo que un salmote.

Algunas horas después, la hinchazón había llegado hasta tal punto que ya no me conocía nadie; tanto que llamé á la criada para que me trajera un periódico, y al verme me preguntó sorprendida:

—¿Quién es usted?

—¿No me conoces? Soy el señorito.

Pero ella echó á correr, sin hacerme caso, y fué diciendo al comedor que en la cama del señorito había un monstruo con bigote.

Por prescripción facultativa un pariente solícito me cubrió el rostro con polvos de almidón, y yo quise verme al espejo y retrocedí asustado.

—¡Dios mío!—exclamé.—Yo no soy yo; yo soy Don Gonzalo de Ulloa, con cara de mármol.

En aquel momento entró en mi cuarto el chico de una vecina, que tiene la costumbre de meterse en casa mientras escribo y se sienta debajo de la mesa á jugar con mis zapatillas y á tirarme pellizcos en el dedo gordo.

Verme el chico y echarse á llorar, todo fué uno.

—Ven acá, hermoso—le decía yo para tranquilizarle.—Toma un poquito de esta medicina, que es muy dulce.

Pero él, lleno de asanto, se refugió detrás de una cómoda, y para sacarle de allí tuvo que venir una tía suya y clavarle un alfiler en el pescuezo á manera de banderilla.

En fin, querido Director, con todas estas cosas no he podido escribir la crónica de la semana pasada, y aun hoy lo hago á duras penas, porque la inflamación de la nariz no ha bajado del todo, y tengo á cada momento que echármela á un lado para ver dónde pongo la pluma.

Esta vez no ha sido pulmonía, gracias á Dios, pero ha sido erisipela, es decir, una enfermedad nueva para mí. Ahora no sé lo que vendrá; probablemente una enterocolitis, que no sé lo que es, pero no importa: ya verá usted cómo tengo enterocolitis.

Suyo, que le quiere,

LUIS TABOADA.

EL FAKIR

Un fakir de la India,
muy buen creyente,
que en éxtasis estaba
frecuentemente,
quiso ganar el cielo,
que le pedía

á Brahma en sus salmodias
de cada día,
y en medio de una dehesa
se echó en el suelo
rígido, mudo, inmóvil
mirando al cielo.

Del sol los limpios rayos
le achillaban,
los inactivos las carnes
le acrobillaban.
En todo con paciencia
yo resistía,
y así se pasó un año
de tres días.
Nada, ayano, extenuado,
nada á laerte,
vió con mucha alegría
llegar la muerte.
—Es, dijo al morirse,
ya ahora es preciso
volar hasta las puertas
del paraíso.
Fue, y San Pedro, con mucha
cortesana,
preguntó, gorra en mano,
lo que quería.

—Soy un falir.

—¿Qué es eso?

—Dracma.

—Amigo,

¿cómo usted se quiere

quedar conmigo?

—Soy amigo de la India.

—¿Qué le alborota?

—Que ya de todo eso

no entiendo jota.

—¡Hacia sí, por ser bueno,

mi Dios me llame!

—¿Qué?

—Dracma.

—Pero, amigo,

¿si no hay tal Dracma?

—¿Qué no hay Dracma? ¡De veras!

—Nunca lo ha habido!

—¿Y no he ganado el cielo?

—Pues me he lucido!

JOSE ESTREMEZA.

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

—¿Cómo va, doña Matea?

—Bien, y usted, amigo Juan?

—Bueno, gracias.

—¿Y en su casa?

—No hay ninguna novedad.

—¿Cuánto tiempo sin habernos

tropezado?

—Claro está;

yo ando siempre con mis cosas...

—Pues yo vivo, por mi mal,

aquí caigo, aquí levanto,

y hecho una calamidad.

Desde que estiró la pala

mi José en el Paraguay,

víctima de los doctores

paraguayos, la verdad,

no he tenido un día bueno

ni una noche regular.

¿No recuerda usted acaso

la penosa enfermedad

que en el catre, por desgracia,

me retuvo un año ó más?

Pues, por si era poco, el día

de la Virgen del Pilar,

me di en Cáceres tal golpe

contra el jaca municipal,

que quedó paralizada

sin poderlo remediar

y con *reverbérations*

en la médula espinal.

—¿Y se le curó aquel dedo

que en Alcázar de San Juan,

al subir al reservado,

se rompió, dos meses há?

—Sí, señor, no tengo nada,

ni siquiera la señal;

como que de cabal rabo

lo taxieron que cortar.

—¿Válgame la Virgen Santa!

Nunca vi calamidad

como usted.

—Pues estoy viva

por milagro nada más.

—¿Algún nuevo contratiempo?

—Sí, señor, y de esto hará

sólo tres ó cuatro días.

Iba á darle de almorzar

á un lorito que me trajo

mi José de Fuencarral...

—¡Hola! ¿Tiene usted un loro?

¡Será lindo si los hay!

—Sí, señor! Y tiene un picao...

¡Vaya un picao!

—¿Es charlatán?

—No; lo digo por los muchos

picotazos que me da,

que de nuestro idioma sabe

dos palabras nada más:

una es una desvergüenza,

y otra una barbaridad.

Pues estaba en la ventana

dándole chorizo y pan,

cuando la persiana cruje,

cae al suelo y viene á dar

sobre mí, desvenajando

mi columna vertebral.

Grita, lloro, me desangro,

no me puedo levantar,

el portero acude al punto

y, ocultándose la fax

por pular, me deja en cueros,

ve que tengo un cardenal,

cortaderas por delante,

contusiones por detrás,

y tal chirio en la cabeza

que hasta ayer me han hecho estar

dándome en la naca fríos

con aceite mineral.

Y no me quedó en el sitio

gracias, mi querido Juan,

á que el ángel de mi guarda

por mí vela desde allí.

—¿Conque vea? ¡Caracoles!

¡Vaya un modo de caer!

Pero, si á mí que se desarma,

¿para qué quiero usted más?

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Esto va con el Papa. Llamo la atención de S. S. acerca de las tonterías que se permiten algunos Padres, creo que calzados, los cuales en sus ratos de ocio, que deben de ser muchos, se dedican á la amena literatura.

Verdad es que el mismísimo León XIII, cuando en vez del Espíritu Santo tenía por inspirador al hijo de Latona, escribía versos en latín, lo cual ya es una debilidad, versos según Bourget *doctamente trabajados*, y que, en definitiva, eran medianos; pero estas antiguas expansiones espirituales del prelado de Perusa no autorizan á los frailes Agustinos de España á convertir tan respetable orden en una especie de academia literaria cursi é inocentona. ¡Ahí es nada, los hijos, como si dijéramos, de San Agustín, del último clásico, como pudiera llamársele, del inmortal poeta de las *Confesiones*! Si no se les va á la mano, acabarán por escribir *bequerianas* y por imitar á Núñez de Arce. Con eso de haber caído tan en gracia la novela del P. Coloma, por ser de un jesuita, ahora todos los gatos quieren zapatos. Los que estimamos en lo que valen las antiguas instituciones religiosas, no podemos menos de ver con escándalo y, sobre todo, con gran repugnancia que se les permita á los frailes, por vía de entreteni-

miento, meterse á críticos, poetas, etc., etc., desacreditando las gloriosas tradiciones de los respectivos institutos y ofendiendo gravemente al buen orden social, que así como no quiere que los clérigos sean mujeriegos, borrachos ni jugadores, exige que se abstengan de futilidades cursis propias de muchachos que atraviesan la edad del pabo.

No va nada de esto con el P. Blanco García, que está publicando una historia de la literatura española... contemporánea, en que se llega á hablar de todos los gacetilleros del día que hoy tienen vara alta en los periódicos más populares. La *tal historia* merece artículo aparte, porque demuestra cómo pueden penetrar en el apartado retiro de una celda las menos respetables vanidades literarias, las más pueriles pasioncillas y las vulgaridades del mal gusto más callejero y rampón. Ruborízome al leer las citas de libros que el P. Blanco García nos ofrece. ¡Y un agustino lee esas cosas! ¡Un agustino pierde el tiempo en repasar tamañas nimiedades! ¡A un fraile le permiten hacerse eco de rencores de literatos y literatas despechados! Fijense ustedes en el juego: el fraile mete en su historia á todo bicho viviente, para que le den bombo y le *hayan el artículo* los periodistas que, poco acostumbrados á ver su nombre en *libros serios*, ya se creen personajes dignos de pasar á la posteridad; y agradecidos á tanto honor, es claro! se convierten en trompetas de la fama para pregonar los méritos del P. Blanco García. Este señor no ha publicado más que un tomo de facilísima y vulgar erudición, sin asomos de gusto, originalidad, estilo ni profundidad de juicio, y ya le están *improvisando* un renombre de crítico insigne. ¿Por qué? Por eso. Porque habla en *La literatura contemporánea* (y por un *agustino*!) del primar gacetillero que se le presenta. Yo creo que el prior, abad, ó lo que sea, está en el caso de decirle á ese frailecito: «Hermano, dejémonos de vanidades propias de las gentes desocupadas; déjese vuestra merced de llamar *prosa ligera* los *Reverendos de Italia*, de Castelar; déjese de rodearse de un falso aparato de erudición enfrascándose en la lectura de esas obrillas pasajeras que hacen las delicias de los bachilleros en artes con instantos de críticos; déjese de comentar vulgarmente libros que andan en manos de todos y sobre los que nada nuevo ni bueno tiene vuestra merced que decir, y conségrese á tarea más sustanciosa y en rigor más modesta, y que no sea ocasionada á despertar en su espíritu anhelos de vanagloria.»

Pues es claro. ¡Bueno fuera que, después de tanto poetastro y crítico huero como tenemos, del género de los legos, nos viniéran ahora los escritorzuelos adocenados de las Ordenes á imponer su mal gusto, sus inocentadas y la insulsez de la medianía regular!

Como hay tontos para todo, ya ha habido quien, con motivo de estos fraiucos, recordara los nombres sagrados de Juan Ruiz, de Tirso, de Calderón, de Fray Luis, etc., etc. ¡Habrás visto sacrilegio! Venga un fraile que tenga genio, y ya le pondremos en las nubes. Pero ¿hemos de pasar por que el *hábito* haga al poeta, ó al crítico, ó al novelista? ¡Repárese, repárese la Iglesia en esta nueva forma de tentación que se le entra por las puertas de los más apartados retiros! ¡El siglo seduce al claustro en la forma más ridícula que el diablo podía escoger, en la forma de vanidad de literatura de bajo vuelo!

En fin, ya hablaré más, y mucho más, del P. Blanco García, aquí y en otras partes, en muchas partes; porque si no acudimos pronto al remedio, ésta va á ser otra como la de *Populiceos*, y sin la excusa del talento positivo que, al fin, tiene el P. Coloma.

A mi amigo Cavia, distraído sin duda, ya le ha sorprendido el fraile del Escorial. Pero en tiempo le aviso.

Y allá va otro *agustino*, éste poeta.

Há aquí cómo empieza una poesía suya titulada *Ya llega el tren*, y que á *La Epoca* le parece hermosa:

¡Ya llega el tren... cercano ya á tus muros

Resuena su silbido:

Van á colmarse los ardientes votos

Del olvidado pueblo numantino.

¿Cómo no he de alegrarme, patria mía,

Al ver tu regocijo.

Yo, que me tengo por el más amante,

Aunque el *urnos* *ilustre* de tus hijos?

Bien, páter, bien. El menos *ilustre*, ¿ah? pero al fin... *ilustra*.

¡Viva la modestia!

La patria del P. Muñíos (que así se llama este paisano de la mantequilla) es Soria. De modo que, según el agustino éste, todos los de Soria son *ilustres*, y él como cada hijo de vecino.

Pero, á decir verdad, si yo me alegro

Tu anhelo al ver cumplido,

Es como, al ver alegres á sus madres,

se alegran, por que sí, los buenos hijos.

¿Cómo porque sí? A decir verdad, como dice vuestra merced poéticamente, los buenos hijos no se alegran *por que sí*, sino por que ven á sus madres alegres.

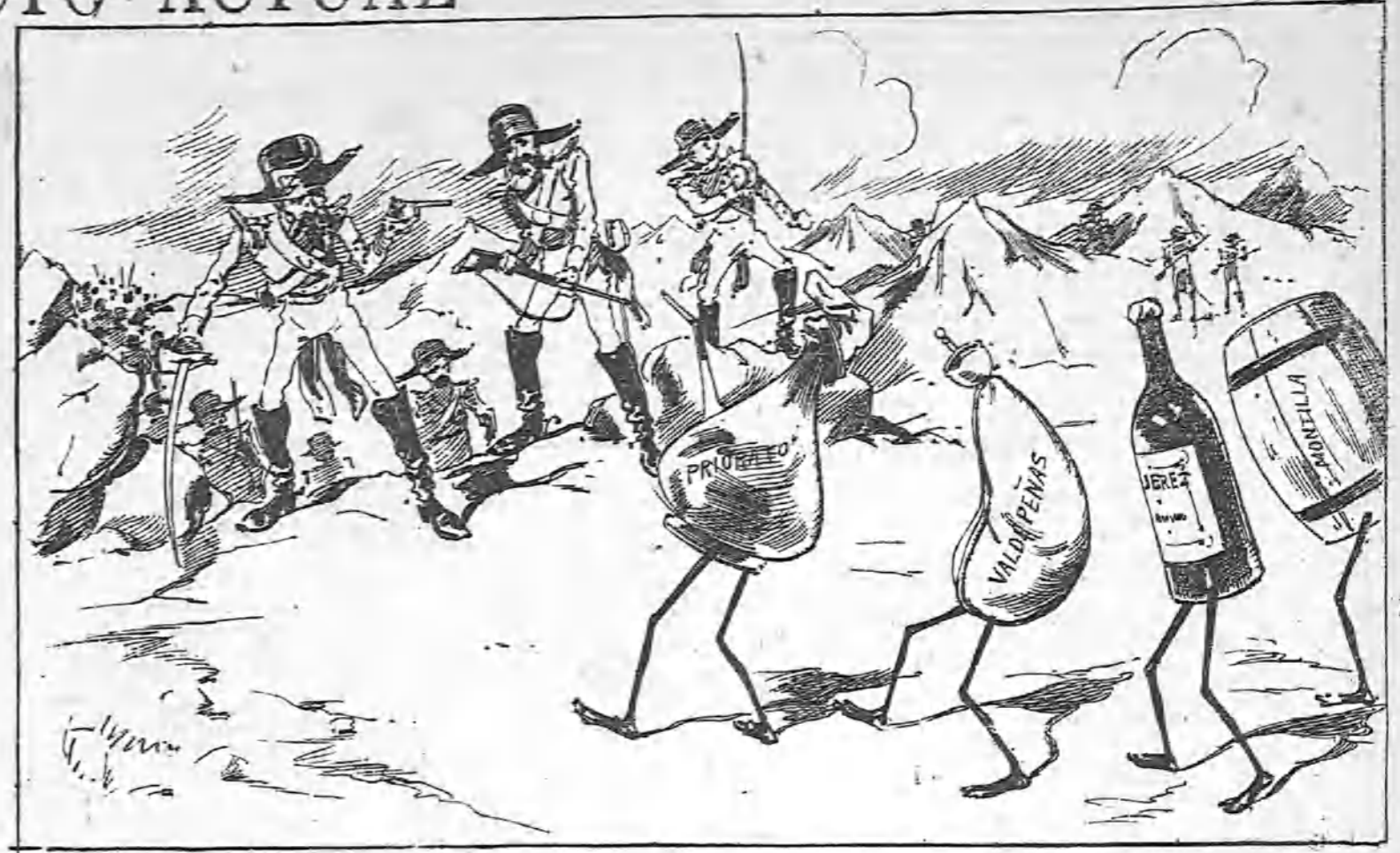
Lo de tenerse por *ilustre* no crean ustedes que lo dice Muñíos á humo de peñas, sino por el humo que le han metido en la cabeza los que alaban á los frailes en cuanto publican revistas, y novelas y versitos. El P. Muñíos se tiene por persona importante. Lo dice él:

Verás, noble ciudad, lo que á mis solas,

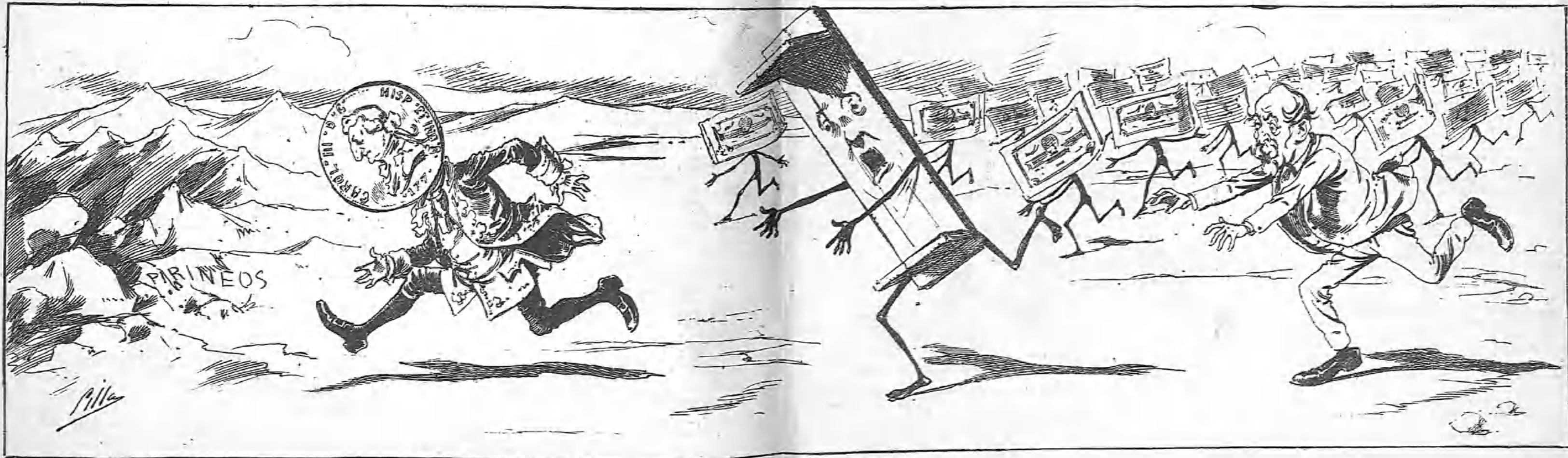
Como hombre y como niño,

(no lo entiendo)

EL CONFLICTO ACTUAL



La cuestión de los vinos.



La cuestión monetaria

Lo que como filósofo y poeta
 Ignoro si he pensado ó si he sentido.
 Ignoro lo que vuestra merced quiere decir, pero entiendo que
 se llame por poeta y por filósofo. Por si no nos hacemos cargo,
 el P. Muñios repite más adelante que es filósofo y poeta:

Por eso ya, que llora cual poeta
 Los idilios perdidos,
 Cuando vuelvo á pensar como filósofo,
 Aplaudo ese progreso y le bendigo.
 ¿No hablaba yo antes de frailes *bequerianos*? Muñios lo es.
 ¿Gigante ustedes:

No muere, no, la hermosa poesía;
 Si hoy empaña su brillo,
 No suprime el vapor los corazones,
 Y, habiendo corazones, habrá idilios.

Lo que hay es, páter, que así como existen *obispos de lealta*,
 también hay *Cavestany*s con hábitos.
 Lo que hace falta es que Valbuena escriba unos *Ripios regu-*
lares.

CLABIN.

FANTASÍA SUBMARINA

Rodando sin cesar durante siglos
 por el fondo del mar un esqueleto,
 vino á chocar con otro que yacía
 en red tapida de corales preso,
 —¡Alto! ¿Quién viene aquí? ¿Qué fué en el mundo?
 —Un hombre.

—¿Ya también. ¿De dónde bueno?
 —De las costas de Egipto.

—¿Camarada,
 largo viaje se trae!

—Largo... y molesto.
 ¿Tú sabes dónde estamos?

—Me parece
 que entre África y España, en el Estrecho,
 porque aquí me caí de la galera.
 —¿Eras esclavo?

—No, servía al remo
 á mi rey y señor Carlos segundo
 por dar una paliza á un cuadrillero.
 ¿Tú qué eras? ¿Mercader?

—No, yo soldado.
 —¿De quién?

—De Marco Antonio.

—No recuerdo...
 —Ni hace falta. Por causa de una reina
 tuvimos en los mares un encuentro,
 me dieron un hachazo y caí al agua.
 ¿Quieres ver la señal? Aquí la tengo.

—¿Y caíste muy joven?

—Casi un niño.
 ¿Tú eras joven también?

—¿Pues ya lo crees?

—Cuando más me gustaba la existencia,
 las encrespadas olas me envolvieron.
 —¿Qué lástima me das!

—Lo mismo digo.
 —¿El virir es tan dulce!

—Y es tan bueno!
 —¿Seríamos acaso tan dichosos!

—Os queréis callar ya! —gritó un cangrejo.

—No sabéis, infelices, que ha pasado
 desde vuestra desgracia mucho tiempo?
 No estaríais aquí precisamente,
 pero estaríais igualmente muertos,
 y puesto que en el mundo no dejabais
 más rastro ni reliquia que los huesos,
 ¿qué os importaba ahora haber vivido
 algunos años más ó algunos menos?

SINESIO DELGADO.

NOVEDADES

Digo yo que lo de dar de cuando en cuando un bombito á las
 autoridades es cosa que *viste bien* y no nos compromete en cosas
 políticas, de las que procuramos vivir alejados los chicos del
 MADRID COMICO.

¿Por qué no hemos de buscar simpatías en los poderes pú-
 blicos?

Con ello no nos ganaremos el cielo, ni siquiera una modesta
 plaza de auxiliar de oficinas en la tierra, pero nos ganaremos
 una sonrisa de cualquier ministro, y eso engorda. ¡Ya lo creo!

Sobre que donde vemos alguna cosa bien hecha, sea en polí-
 tica, artes, literatura, farmacia, ó elaboración de pastas para
 fideos, nos gusta enviar el aplauso. ¡Para eso somos ciudadanos!
 ¡Y pagamos contribución! ¡Y tenemos voto! ¡Y es igual que si
 no lo tuviéramos! Pues ¿qué se habían ustedes creído? ¿que
 nosotros éramos *plébs*? ¡Qué!

Y vamos á ver: ¿quién me quita á mí el gustazo de dar un
 bombito al Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia de Va-
 lencia?

No porque Valencia sea *mi cuna*, como dicen los biógrafos
 sentimentales, sino porque da la casualidad de que el Sr. Ojeto
 ha caído allí con su bastón de mando como pudo caer en otra
 parte, *verbigracia*, en Las Batuecas.

Pero mi tierra ó mi cuna, ó *mi provincia* (como dicen los dipu-
 tados que se apropian los distritos por donde los echan), tiene
 suerte, no siempre, pero ¡vamos! alguna vez, por ejemplo ahora,
 que le ha tocado ser gobernada por el Sr. Ojeto.

¿Que en qué me fundo? Pues en una orden que el gobernador
 de Valencia ha publicado en el *Boletín Oficial* de la provincia,
 en cuya orden da muestras de ser el gobernador más paternal
 que come pan del presupuesto.

Previene en la orden el señor gobernador á todos los alcaldes,
 á la guardia civil, á los dependientes todos de su autoridad que
 se proceda á buscar una perra inglesa, de caza, *sistema Pointer*,
 que se le ha extraviado á un vecino de la capital.

Ahora diganme ustedes si nó merece elogio ver á todas las
 personas que ejercen autoridad en Valencia averiguando, inqui-
 riendo, olfateando, buscando, revolviendo Roma con Santiago,
 ó mejor dicho Játiva con Sagunto, en busca de una perra in-
 glesa.

Por supuesto que sus apurillos pasarán los alcaldes y aun los
 individuos de la benemérita para cumplir los deseos del señor
 gobernador, porque... no es difícil saber distinguir un perro de
 una perra, pero ¿cómo se averigua en una perra la nacionalidad?

Para un perro debe de ser cosa corriente, porque ellos entre sí
 supongo yo que tendrán sus acentos peculiares que denuncian
 el país en que vieron la luz, como entre nosotros llamamos *fran-*
chute al que habla con tropezones, aunque sea portugués; pero un
 alcalde ó un guardia civil ¿cómo van á conocer, si no ladran ó no
 entienden de ladridos, si tal ó cual perra nació en el Peñón de
 Gibraltar ó cuatro dedos más acá?

Alcalde habrá que, buscando el medio de hacerse agradable al
 señor gobernador, emprenda todos los días la caminata hacia el
 gobierno civil llevando media docena de perras atadas con sogas
 (porque allá aún no atan las perras con longaniza) y haga tol-
 dos los días la misma pregunta:

—¿Está el señor gobernador?

—¿Qué quiere usted?

—Venía á verer si alguna de estos goses es la que se busca,
 porque yo, per mes que lis pregunte, no volen dir si han naixcut
 en Anglaterra.

Y como resultará que la extraviada no será ninguna de aqué-
 llas, estará el buen alcalde yendo y viniendo hasta que no que-
 de en el pueblo una perra que no haya tenido la honra de ir á
 vistas del señor gobernador.

Otros cortarán por lo sano, y enviarán un oficio que podrá
 decir:

«Selentísimo señor: La gosita que s'ha estraviado al amigo de
 voselencia no ha venido á esta villa por que lo habiéramos sa-
 bido por que aquí no hay gosas por que pa quitarnos de cui-
 diaos aquenos las hamos dao bolita á todas y han reventao
 como un botifarronet puesto al foc.—Dios guarde á voselensia
 y á la gosita muchos años pa bien de sus almenistracs.—E-
 »Arcaide cuestitosional.—Visentet el Menut.»

Todas estas pesquisas infructuosas, sublevarán, como es na-
 tural, el ánimo del señor gobernador, que por lo visto es celoso
 por el bien de sus gobernados.

Y dará paseos por el despacho, y pataditas en el suelo, y pu-
 ñetazos en la mesa, y llamará frecuentemente á un empleado
 suyo tocando el timbre:

—¿Que venga Rodríguez!

Y viene Rodríguez, y dice el gobernador:

—Pero Rodríguez, ¿no hay noticias de la perra?

—No, señor!

—¿Ni oficios?

—Ni uno solo!

—¿Ni telegramas?

—Tampoco!

—Rodríguez, así nó podemos seguir. Es cuestión de amor
 propio, de dignidad. ¿Qué se dirá de nosotros, que somos repre-
 sentantes del gobierno? ¿Qué se dirá del gobierno, que repre-
 senta al partido conservador?

—Señor!... (inclinándose.)

—¡Nada! ¡nada! ¡Levante usted la cabeza! Es preciso que esa
 perra parezca, que se pongan en juego todos los medios de que
 disponemos. ¡No faltaba más! ¡Dar á Inglaterra el espectáculo
 de que una perra de allá, nacionalizada aquí, se pierda y no pa-
 rezca!...

Rodríguez hará una reverencia, saldrá presuroso y dará
 nuevas órdenes.

Entretanto la guardia civil irá de camino en camino, de pue-
 blo en pueblo, de barraca en barraca, preguntando á todos:

—¿Han visto ustedes por casualidad pasar por aquí una perra
 inglesa, de caza, de la familia de los Pointer?...

—¿Va sola ó con una retaguardia de amantes?

—Huyó sola; pero ahora... ¿quién sabe lo que habrá sido de
 ella?.....

Hablando ahora en serio, si es que los lectores de MADRID COMICO consenten que hablemos en serio alguna que otra vez, ¿no observan ustedes que este rasgo del gobernador de Valencia puede introducir en la gobernación de los pueblos grandes reformas y provechosas innovaciones?

Ahora no oímos sino quejas.

Los presos se escapan, en las carreteras no hay seguridad, se roban iglesias, huyen con los fondos públicos los que los custodian, y todos los contribuyentes dicen hablando de las autoridades como de trastos inservibles: ¿Para qué queremos los gobernadores? ¿Para qué la guardia civil? ¿Para qué los alcaldes? Pues ya tenemos en qué emplear eso que parece que no vale nada:

1.º En hacer elecciones.

2.º En buscar perras.

Y quien dice buscar perras, dice todo lo nacido.

Es decir, que los *Boletines Oficiales* de las provincias podrán servir para anunciar necesidades de los vecinos.

Verbigracia:

«Gobierno civil de la provincia.—Circular.—Habiéndose presentado á mi autoridad el vecino de esta capital D. N. N., residente en X, manifestándome que su señora no podía seguir criando al chiquitín que últimamente dió á luz y que necesita, por tanto, confiar la lactancia de su hijo á una nodriza, etc...»
«Portanto, mando á todos los alcaldes, comandantes de los puestos de la guardia civil y demás dependientes de mi autoridad que, si encuentran una ama de cría joven, robusta y de leche fresca y abundante, que se presente en este gobierno á recibir órdenes, bajo apercibimiento que de no verificarlo, etc., etc., etc.—Fecha y firma.»

No, no quiero que lo tomen ustedes á broma.

Un gobernador que recomienda de oficio la requisitoria de una perra inglesa es un hombre que imprime á las cosas públicas una nueva marcha.

Y decían que los conservadores no eran innovadores!

Y decían que no se traían nada!

Pues ahí verán ustedes.

¿En qué país se meten los gobernadores á buscar perras perdidas?

En ningún país del mundo.

¿Cuánto oscurantismo hay por ahí fuera!

MANUEL MATÓSES.



¡Siguen apedreando traves por todas esas líneas férreas de Dios... y de las compañías respectivas. ¿Ustedes creen que es por salvajismo? Pues no señores, ¡es por amor propio!

Porque hay quien cree que con eso del vapor se pretende engañar á las gentes y hay lugareños muy avisados. ¡La locomotora lleva caballos dentro todavía!

—

Ha sido descubierta una fábrica de moneda falsa.

Y ahora cogerán á los falsificadores y los echarán á presidio, en vez de darles la cruz de Beneficencia.

Porque ellos trataban de aumentar la circulación metálica para que bajaran los cambios. ¿A que no se le ocurre á nadie falsificar billetes?

—

Copiemos un suelto *oficioso*:

«Los que hablan del futuro déficit posible en los presupuestos del señor Cos-Gayón, y lo hacen ascender á 70 ó 80 millones de pesetas, no recuerdan que el mayor de los últimos años se produjo por la situación anterior, que llegó á 120 millones de pesetas en el penúltimo gobierno liberal.»

Bueno; pero ¿qué tiene que ver eso con las cuatro temporadas?

Se puede recordar que llegó el déficit anterior á 120 millones, y suponer que el futuro será de 70 ó 80 millones.

Ahora, si usted lo dice para consolarnos, Dios se lo pague y muchas gracias.

—

—Los que se suicidan no saben despistar á la policía, ni hacerse célebres. Yo tengo un plan, por si alguna vez me dieta la idea de matarme.

—¿Qué haría usted?

—Me cortaría el cuello con una navaja de afeitar, y escondería la cabeza en cualquier parte... ¿A que nadie caía en la cuenta de que se trataba de un suicidio?

—

Libros:

Vocabulario de la lengua española, libro utilísimo que contiene todas las voces castellanas en un volumen pequeño. Le publica la casa editorial de D. José María Faquín. Precio: 4 pesetas.

¡Péñoles á la mar!, juguete cómico en un acto y en verso de Felipe Pérez y González, estrenado recientemente y con extraordinario éxito en el Teatro Lara.

Frutos coloniales, por César de Madrid (D. Francisco Coronado). Colección de artículos de crítica, escritos con valentía y brillantez de estilo. Publicada en la Habana. Es el primero de una serie de folletos literarios que su autor se propone dar á la estampa.

Disputado á fin de siglo, semblanzas en verso, no desprovistas de intención y gracia, por D. M. García Rey. Precio: una peseta.

El mismo demonio, zarzuela en dos actos y en prosa, original de D. Fernando Manzano, música del maestro Chapí, estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de Apolo, donde sigue representándose, y continuará mucho tiempo.

Historias de la corte celestial, por un sacristán jubilado. Esta obra, publicada por la empresa de *El Motín*, viene á ser una especie de *caño cristiano*... puesto en solfa. No hay para qué añadir que la edición se venderá inmediatamente.

Suerte que tendrá también de seguro la celeberrima novela de Flaubert *Madama Bovary*, que ha tenido el feliz acuerdo de publicar el mismo colega. La traducción está hecha cuidadosamente. Cuestan dos pesetas las *Historias de la corte celestial* y tres pesetas *Madama Bovary*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. C.—Vaya, eso es que ha querido usted quedarse con nosotros. ¡Dios le cure á usted de tan vanos propósitos!

Cachupín.—Así, de la libertad de enseñanza, se hicieron tiempo muchos epigramas. Ahora todos los que se hagan resalten inocentes.

Pica pica.—No es usted un poeta
buen caballero,
es usted pica pica
picapedrero.

V. de A. J.—No están mal los piropos. Pero son piropos simplemente, sin pizca de interés general.

Épica.—«Flamígera deidad encantadora
que apareces por las calles enlozadas...»

¡Buen principio de semana, amigo! Y lo peor, que sigue lo mismo el resto.

Posueto de Alarcón.—A las personas no se les puede llamar *chirigotas*. Porque sentado el precedente, se les podría llamar también *metonimias*, pongo por caso, y se diría:

afueron dos metonimias al Pardo...

X.—Valladolid. —Muy morales, pero muy malos. Y se puede perdonar el bolla por el coscorrón.

Juan de la Encina.—No sé por qué, pero el romance resulta pesado y fatigoso.

Felipe.—«Por la calle de Alcalá
iba un pollo almidonado,
el pobre todo mojado
y por desgracia constipado...»

Y su niña se ha empeñado en que se publique eso; ¡Pues vaya unos caprichos que tiene la niña!

Rita Gato.—No puedo aprovechar ni una signiera.

Sr. D. M. R.—Sevilla.—La falta que tiene es... ser malo del todo. Y ¡por Dios! rompa usted el soneto que tiene hecho á Peral, porque los ha mandado recoger la Divina Providencia.

Chin chin.—«Para un cantar así
se ha molestado usted?
¡Perdóneme usted á mí,
que no le insertaré!

Sr. D. R. P.—Madrid.—Los endecasílabos, además de once sílabas, han de tener cadencia y ritmo, porque si no suenan á cencerada pura.

Sr. D. B. V.—Valencia.—Efectivamente; no es interesante la carta, como usted se había propuesto. Pero esa ironía no la ve el público, y se queda *in albis*.

Rufo.—No escriba usted sonetos
á la parienta
cuando esté en ese estado,
porque revienta!

Un principiante.—Aha, aha, aha... ¡Qué fácil es hacer un romance así! Lo que hay es que luego no resulta romance.

Sr. D. L. B. y L.—Cádiz.—Pero ¿es usted de Cádiz de veras? ¡Pues dónde se ha dejado usted la sandanga?

Íbérica.—¡Pero si es que no tengo que contestar nada, hombre! Lo cual no quita para que usted escriba lo que le dé la gana.

Masimias.—«Para alivio de las penas y los males
tan sólo basta llegar á comprender...»

¡Tiene once sílabas cada uno! ¿A qué no, vaya!

Calabacín.—Hay que decirle á usted lo que á los niños. ¡Date date, en la calabacín... á ver si no te salen sandeces por casualidad!

Cirino.—¡Vaya usted á paseo,
señor Cirineo!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS



Recomienda un libro de San Ildefonso la camisería de Arbiza y Alonso. Plaza de Santa Domingo, 13.

CANTAR



Marinero, sube al puente y dile a la madre mía que no me espera, que quiero comer en las Tullerías. Matute, 6.



—¿Sabe usted la causa del eclipse de la otra noche? Pues fue que la luna tenía mucho frío y salió con una toquilla preciosa de casa de Rodríguez. Atocha, 55 y 57.



—¡Premita Dios que no duermas nunca en un corchón de esos que venden en la calle del Barquillo, número 30, pa que te quees sin saber lo que es gloria pura!



—El caso es que yo quiero que me salga este pelito rubio que tengo en la mejilla, porque es lo que más gracia me hace. —No tenga usted cuidado; saldrá. La máquina es de casa de IRIGOYEN. Esparteiros, 3.



—¿Qué quieres? ¿Que luchemos a dentelladas? Pues te has caído, porque tengo una dentadura inamovible de TIRSO PEREZ!

Mayor, 73.



—Mi cuñada Salomé está cada día más nerviosa; doctor, ¿qué haré? —Pues, hombre, comprese usted un bastoncito de GRAS.

Alcalá, 40, y Príncipe, 22



—El caso es que tengo que recoger una herencia en la Habana, y no me atrevo a embarcarme porque me mareo. —Llévase usted para el viaje unas botellitas de cognac fino de Moguer, y riase usted del mareo. Sobrietas de Coñaca, Carreira, 27 y 29. Leiva, Mayor, 39.

LA TEMPESTAD

—La cuestión es andar con mucho cuidado para ver a la liebre en la cama.

—Pero ¿las liebras tienen camas?

—¡Ya lo creo!

—¿Y son del Bazar de la plaza de la Cebada, número 1?

—Que han de ser!

—Pues ¿qué mal gusto tienen las liebras!



Ayer bajaron del cielo veinticuatro querubines, y comprarse dos docenas de canisas de MARTINEZ.

San Sebastián, 2.



Un frasco de perfumes que es cosa superior te ofrezco, niña hermosa, en cariñoso don.

Perfumería Americana, Espoz y Yllana, 26

REUMA

Se alivia a la primera untura, sin necesidad de masaje, y se cura con uno ó dos frascos de Bálamo de Orive. La recomendación de paciente a paciente y cartas laudatorias de médicos de fama hicieron la propaganda de tan superior calmante. Pedido en las farmacias de crédito. Por mayor a su autor, Bilbao, y M. García, Madrid.

JEROGLÍFICO



FESQUERA.—Segisaca, 20.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50. A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.180.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍEZ A CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 3, MADRID